

§ VIII.

Siguese esta cuestion.

TEOD. — Antes que nos apartemos quiero saber qué concepto es el que formais ambos de esta doctrina.

EUG. — Yo ciertamente me hallo muy inclinado á seguir vuestra opinion : solo tengo esta dificultad. En vuestro sistema los brutos no serán cosa viva, así como no lo son las máquinas que los hombres hacen, y nosotros no podemos negar que los brutos son vivientes, porque vemos la diferencia que tienen cuando están vivos de cuando están muertos.

SILV. — Añadid que la Escritura y padres, en mil partes nos están persuadiendo esa verdad.

TEOD. — Muchos se embarazan con esa dificultad, como si nosotros negásemos eso. Nosotros, Eugenio, concedemos á los brutos dos géneros de vida, una vegetativa, con que crecen y se nutren, y otra sensitiva con que sienten, como ya os expliqué; y si los brutos tienen estas dos vidas son máquinas vivas; mas reparad en la gran diferencia que forzosamente se ha de admitir entre nuestra sensacion y la de los brutos, y esto hasta en la opinion de los peripatéticos; pues la sensacion en los brutos es puramente material, y en nosotros es juntamente espiritual, como dije; lo cual arguye una diferencia tan grande como la que va del espíritu al cuerpo. Y si

Silvio quisiere que la sensacion en nosotros sea acto de sola el alma, aun mucho mejor para el intento, porque quedará mas notoria la diferencia. Pero la semejanza que los brutos tienen con las máquinas hechas por los hombres, no es en todo; porque las máquinas hechas por los hombres no sienten, y las máquinas hechas por Dios ó los brutos sienten; pero los llamo máquinas para explicar su organizacion interna dispuesta y ordenada por la suma sabiduría de Dios nuestro Señor, y asimismo para explicar como los movimientos que hay en ellos no proceden de principio que esté dentro de ellos, el cual por sí solo determine y ordene todos los movimientos del bruto. Antes bien la determinacion de los movimientos procede ordinariamente de las sensaciones externas; otras veces procede de la ley y disposicion que puso Dios en el cuerpo del bruto y en los espíritus animales, que son su alma, para determinados movimientos, como son todos los que sirven á la conservacion de la vida, v. g. los movimientos del corazon, etc., y aun algunos otros progresivos; pues muchas veces no es necesario impresion de objeto esterno, sino que la misma alma, supuesta la estructura y algunas circunstancias que hay dentro del cuerpo del bruto ejecuta algunos movimientos; pero así en uno como en otro caso siempre el buen orden de los movimientos que hay en los brutos procede de la disposicion de los órganos ideada por Dios para fines determinados. Y en este sentido se dice que los brutos son máquinas; pero unas máquinas vivas y sensitivas. La diferencia que hay entre un bruto vivo ó muerto consiste en esto: que el

bruto cuando muere se perturba y desordena naturalmente su estructura interna, y ademas de eso los espíritus animales se evaporan ; y así perdiéndose el alma del bruto que estaba en estos tales espíritus , y desordenándose la organizacion interna, muere el bruto, y no queda capaz de movimiento alguno, porque le faltan los espíritus animales que son su alma.

EUG.— Ahora ya no tengo la menor duda en vuestro sistema. Decid, Silvio, en qué quedais.

SILV.— Quedo como estaba.

TEOD.— Ea, pues, Silvio, en uno de estos casos es cuando se ve la fuerza de la razon. Resistid cuanto pudiéreis : no me concedais sino lo que os pareciere que no podeis negar sin manifiesta injuria de la verdad, é idme respondiéndolo á lo que os pregunte. Pídeos que tomeis el peso á las proposiciones que os digo. ¿ Vos admitís en el bruto principio ó alma espiritual ?

SILV.— No, porque si llevados de la semejanza que tienen las operaciones de los brutos con las nuestras, les diésemos alma espiritual, hemos de darle tambien alma intelectiva y discursiva contra lo que nos enseña la Escritura², y asimismo alma

¹ S. Agustin, ó el verdadero autor del libro de Cog. ver. vitæ. *Vita brutorum est spiritus vitalis constans de aere, et sanguine animalis, sed sensibilis, memoriam habens, intellectu carens, cum carne moriens, et in aera evanescens.*

² Ps. XXXI, 9. *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus. Velut irrationabilia pecora.* 2 Petr. II, 12. Y con estos lugares se responde á algunos que parece les dan verdadero discurso y juicio.

volitiva, esto es, hemos de decir que tienen juicio y libertad ; y entonces son animales racionales, y por consiguiente hombres como nosotros.

TEOD.— Decís bien, ni se puede decir que tendrán estos atributos un grado menos perfecto ; porque (notad bien esto, Eugenio), si nos hemos de regular por las obras, ciertamente las raposas, los monos y otros muchos brutos tienen mas industria y mas sagacidad que muchos hombres. Los brutos que huyen de la yerba venenosa la primera vez que la encuentran, y buscan la medicinal la primera vez que necesitan de ella, ciertamente esceden á los hombres que no conocen esto sino despues de la experiencia, ó despues de haberlo aprendido de otros hombres, los que muchas veces lo aprendieron de los brutos : la astucia con que todos los animales buscan los medios precisos y convenientes á su conservacion, y otros proporcionados á sus fines, y esto apenas nacidos, ciertamente es mayor que la de muchos hombres ya maduros en años, los cuales no obstante su rudeza son verdaderos hombres ; y así si gobernándonos por las obras hemos de admitir alma espiritual en los brutos, esta ha de ser tanto ó mas perfecta que el alma de muchos hombres ; y tendríamos ya que estos brutos eran hombres, y mas hombres que muchos que viven entre nosotros con este nombre. La figura esterna no sirve de nada en nuestro caso, ni tampoco el hablar, porque hay hombres mudos y monstruosos. Luego el alma de los brutos que está dentro de ellos ciertamente no es espiritual.

SILV.— Así es : en eso concuerdo yo.

TEOD. — Bien : luego nosotros en este punto no nos hemos de gobernar ciegamente por las admirables obras de los brutos, porque á ser así, ni la materia precisamente, ni el alma material, que es del mismo orden y de la misma esfera de la materia, podrán hacer estas operaciones ; pues las operaciones de muchos brutos son mas sagaces que las de muchos hombres, y estas piden un principio espiritual y superior á toda materia, luego tambien las de los brutos que son mas sagaces que las de los hombres.

SILV. — Yo os concedo por ahora todo eso ; pero entonces no pueden tener por principio puramente la materia.

TEOD. — Yo no he dicho hasta aquí que el principio de las obras de los brutos era la materia simplemente ; es la materia dispuesta y ordenada por la suma sabiduría de Dios, y como hasta aquí tengo explicado (lo que es muy diferente) ; y en esta materia así dispuesta y ordenada por Dios del modo que tengo dicho, está el principio de estas operaciones admirables. Las obras son de los brutos ; pero la ordenacion de los medios para los fines la que pide conocimiento de la conexion : toda la astucia y sagacidad, la noticia de las virtudes de las yerbas ó de su veneno, todo el conocimiento de los peligros, todo finalmente lo que pide juicio ó discurso no está en el bruto, está en Dios, así como toda la proporcion y buen orden de unos movimientos con otros en un reloj no está en el reloj sino en el relojero. Pensábais que ya les quitaba á los brutos alguna cosa, cuando en la realidad les doy mas que voso-

tros los peripatéticos. Vosotros no les podeis conceder que obren por amor y conocimiento de fin : yo les doy esto ; pero de suerte que los movimientos sean de los brutos, y que el principio de los movimientos, que es su alma, esté dentro de ellos ; de modo que la ordenacion de esos movimientos esté parte en Dios, parte en la admirable disposicion de los órganos de los brutos ; así como la ordenacion de los movimientos de las máquinas tambien están parte en los artífices que las formaron, y parte en la disposicion de sus órganos, sin ser preciso que Dios esté obrando milagrosamente cuando el bruto obra ; así como el relojero no trabaja cuando anda el reloj ; y vos no habeis de negar que en la materia así dispuesta y ordenada por Dios, haya virtud para las obras admirables de los brutos.

SILV. — ¡ No he de negar ! Niego una y otra vez.

TEOD. — Bien está ; pues respondedme. Pregunto : ¿ acaso podrá Dios, sumamente sabio y poderoso, hacer que sola la materia, dispuesta por su mano, haga todo lo que vemos en los brutos ?

SILV. — Dios puede hacer eso ; mas luego se habia de conocer la diferencia de esas máquinas á las de los brutos.

TEOD. — No se conoceria ciertamente la diferencia si esas máquinas hiciesen lo mismo que hacen los brutos sin diferencia. Pregunto, pues, ¿ puede Dios ó no puede ? Si acaso entendeis que la sabiduría de Dios no llega á poder hacer esto, decidlo : mas advertid que la sabiduría de Dios es infinita, y llega adonde no puede llegar nuestro pensamiento.

SILV. — Muy bien : concedo por ahora que puede.

TEOD. — Pues supongamos que Dios produce verdaderamente en este jardín esas máquinas de que yo hablo, y que confesais que Dios las puede hacer. Supongamos esto por ahora: ¿tendrían estas máquinas alguna señal por donde se diferenciase de los brutos verdaderos que andan por esos campos? Acordaos que hablo de máquinas que hiciesen todos los movimientos que hacen los brutos sin diferencia alguna pequeña ni grande.

SILV. — No tendrían diferencia.

TEOD. — Decís bien; porque si la gente ruda no distingue muchas veces las figuras de arteificio que hacen los hombres de las figuras verdaderas, juzgando que cuatro trapos son cosas vivas, porque los ven imitar los movimientos de los hombres, con mucha mayor razón nosotros, que somos rudísimos respecto de las obras de Dios, nos engañaríamos, no conociendo diferencia entre los animales verdaderos y esas máquinas ingeniosas hechas por la sabiduría divina; esto es en el caso que Dios las produjese aquí v. g. delante de nosotros.

SILV. — Muy bien: no tendrían diferencia.

TEOD. — ¿Y quién os dice que esto no es ahora en la realidad como hasta aquí solamente lo suponía? ¿Quién os dice que en la realidad no son todo esto, y que por aquí vemos verdaderas máquinas hechas por Dios, así como tengo explicado? No tenéis que alegar señal alguna, porque ya vos mismo me confesásteis (y Eugenio será testigo) que en el caso que Dios las produjese, ninguna diferencia podríamos conocer en esas máquinas respecto de los brutos verdaderos. Luego si decís que esto no

es en la realidad, como yo lo digo, una de dos, ó me habeis de manifestar señal por donde conocéis esto, ó confesar que lo decís sin razón alguna, y sin tener el mínimo fundamento para decirlo.

ERG. — Silvio está pensativo.

SILV. — Así es: no hay fundamento alguno para decir que el alma de los brutos no es como vos decís; mas tampoco lo hay para decir que es como vos decís.

TEOD. — Bástame eso por ahora. Luego si no hay fundamento alguno para decir que el alma de los brutos no es como dicen los modernos, se sigue que del alma de los brutos no se saca argumento alguno contra el sistema nuestro de las formas indistintas, porque nosotros respondemos á la dificultad como oísteis; y si no hay fundamento que impugne nuestra respuesta, queda en pie juntamente con nuestro sistema. ¿Qué decís á esto?

SILV. — Digo que todo ese discurso va formado en el aire. Tres modos y nada menos me ocurren de responderos.

TEOD. — Venga el primero.

SILV. — Mirad, Teodosio: Dios podrá tal vez absolutamente hacer esas máquinas que decís, mas no en esta providencia, porque tenemos en nosotros un conocimiento innato de que en los brutos hay alma sensitiva y cognoscitiva, y además de eso tenemos afectos de conmiseración para con ellos; y si ellos fuesen maquinales, como vos decís, entonces nos engañaba Dios poniendo en nosotros estos afectos, lo que no es lícito ni aun imaginar.

TEOD. — ¿Y tenemos también conocimiento in-

nato de que los brutos tienen alma material distinta de la materia, como dicen los peripatéticos? Decid la verdad.

SILV. — Digo que tenemos conocimiento innato de que ellos sienten y conocen.

TEOD. — Eso también se lo concedo yo.

SILV. — No, que la idea innata que tenemos nos persuade que ellos sienten así como nosotros.

TEOD. — Ahora ya es mucho más. Ya os mostré que aun en vuestra opinión los brutos no podían sentir del mismo modo que nosotros, y que había una increíble diferencia entre su sensación y la nuestra; por tanto, si en nosotros hay conocimiento innato que nos persuade que ellos sienten como nosotros, nos persuade una gran falsedad; pero si nos persuade meramente que sienten, aunque sea de un modo muy inferior y desemejante al nuestro, de ahí no se sigue que tienen alma distinta de la materia y material, pues con el alma que nosotros les damos pueden tener sensación, como ya dije.

SILV. — Pero la compasión que sentimos cuando se hiere algún animal, ¿por ventura no es señal infalible de que hay en ellos alma distinta de la materia?

TEOD. — Pregunto yo también: y la lástima que sentimos cuando un niño coge un martillo, y hace pedazos un reloj de buen autor, ó cuando un bárbaro borra la pintura de un Mengs ó de un Miguel Angelo, ó cuando cualquier obra que tiene arte estimable nos cae en el suelo, y se hace pedazos, ¿es acaso la pena que naturalmente sentimos, es,

digo, señal de que haya en aquellas cosas alma distinta de la materia?

SILV. — No, porque esa compasión ó lástima procede de alguna circunstancia particular, y ordinariamente de la pérdida que nos causa; pero en los animales no es así, porque todos tienen compasión del mal que se les hace; de que se infiere que esta compasión es afecto innato, y dado por Dios á la naturaleza racional.

TEOD. — Supuesto eso, yo creo que cuando para vuestro consumo mandais matar terneras, y degollar las aves, tendreis una fuertísima compasión; y cuando vais á caza, que matais una perdiz ó una liebre, que van por su camino sin haceros mal, en este caso se os partirá el corazón de dolor, especialmente cuando veis que una becada en medio de la carrera que llevaba por los aires os cae de repente á los pies, entonces será el dolor de los dolores. ¿Será esto así, Eugenio?

EUG. — Yo confieso que gusto infinito de semejantes ocasiones; y no me tengo por cruel; y de esta opinión son todos los que se aplican á la caza.

TEOD. — En una palabra, Silvio, ¿no me direis qué más conexión tiene nuestra compasión con el alma material, ó con el alma que sea en sí materia? Es cierto que ni una ni otra hace en los brutos sensación como la nuestra; y tanto una como otra causa una sensación muy inferior, y así tomad otro camino.

SILV. — Pues entonces digo abiertamente que

Dios no puede hacer tales máquinas como esas, que es la respuesta que dan muchos.

TEOD. — Y eso como es sentencia definitiva contra la Omnipotencia ha de tener fundamentos muy sólidos : ¿y cuales son ellos?

SILV. — Diré lo que me enseñaron pocos dias há que respondiese : *En movimientos meramente locales, y máquina que sea puramente materia, no puede haber gustos, deleites, sentimientos, apetitos, etc., los cuales como quiera que sean semejantes á los nuestros, y supongan en nosotros principio intrínseco y distinto de la materia, consiguientemente lo deben suponer en los brutos, y así Dios no puede hacer tales máquinas.*

TEOD. — Bien : sacadme ahora de esta duda : suponed que yo decia que Dios no podia formar los brutos sin alma espiritual, y que discurría como vos, diciendo así : *En los brutos vemos gustos, apetitos, sentimientos, los cuales como quiera que sean semejantes á los nuestros, si en nosotros nacen de principio espiritual, tambien en ellos deben de proceder de semejante principio.* Reparad que son casi las mismas palabras de vuestro argumento : ¿qué habeis de responder. Una de dos (reparad bien en esto), una de dos, ó los sentimientos, apetitos, etc., que experimentamos en los brutos por la semejanza que tienen con los nuestros piden principio semejante al nuestro, ó no. Si, lo piden ; luego así como en nosotros el principio es ó en todo ó en parte espiritual (y esto no lo quereis conceder) ; si no piden principio enteramente semejante, entonces no vale nada vuestro argumento : podrán proceder en no-

sotros de alma distinta de la materia, y en ellos de alma que sea tambien materia ; con que apaciguados, Silvio. La respuesta que direis á quien quisiere probar que el alma es espiritual, la daré yo á quien quisiere probar que es distinta de la materia, porque si dijereis que las sensaciones no son enteramente semejantes á las nuestras (en la cual no hay duda), digo yo que no nacen de principio semejante ; y así puede un alma ser materia, otra espíritu : y si me dijereis que las sensaciones son enteramente semejantes, pregunto yo : ¿piden principio semejante enteramente ó no? Si lo piden ; luego en ambos es espiritual : si no lo piden ; luego no es preciso que en ambos sean las almas distintas de la materia ; con que tenemos que si Dios por ese argumento no puede hacer brutos, cuya alma sea materia, tampoco por el mismo argumento puede hacer brutos, cuya alma sea material. Vamos á la tercera respuesta que habeis dicho que teniais.

SILV. — Todo vuestro argumento termina en preguntar si Dios puede hacer estas máquinas ó no puede. *Digo, pues, que no sé, y añado que ningun filósofo puede responder á esa pregunta prudentemente ni sí ni no.* Y si no decidme : ¿puede Dios hacer un hombre segun y como yo finjo en mi imaginacion? Si fuereis prudente habeis de decir que no sabeis como yo lo finjo, y por eso que tampoco sabeis si es cosa que Dios pueda hacer ó no. Pues lo mismo digo de los brutos, como yo no sé lo que pasa allá por adentro, no sé si es cosa que Dios puede suplir solo con la materia.

TEOD. — Eso es porque no sabeis lo que pasa allá

por adentro; ¿pero sabéis lo que pasa por acá afuera? Esto es, ¿sabéis las operaciones y movimientos esternos que ellos hacen, y aquellos que nosotros percibimos con nuestros sentidos y experiencia?

SILV. — Esos sí,

TEOD. — Pues solo de estos pregunto: si Dios los puede hacer con el mero maquinismo: ¿puede, ó no puede?

SILV. — Aunque yo sepa qué efectos son, no sé lo que allá dentro será preciso para que acá fuera aparezcan esos efectos; y así no sé si Dios los puede hacer ó no.

TEOD. — Mirad, Silvio, vamos por partes: para que los miembros del bruto se muevan meramente no puede haber duda que basta el maquinismo, así como basta en los artefactos de que hice mencion: ¿no es esto así?

SILV. — No lo dudo.

TEOD. — Asimismo para que los movimientos esternos de los brutos sean arreglados y proporcionados á algunos fines, tambien es cierto que basta el maquinismo, así como basta en los relojes y en todos las demas máquinas.

SILV. — Sea enhorabuena.

TEOD. — Luego para que se hagan en los brutos los movimientos esternos, y tan arreglados como los observamos, no es preciso mas que maquinismo y materia.

SILV. — Sí; mas para movimientos vivos no alcanzan la materia y maquinismo.

TEOD. — La sensacion que nos consta que hay en

los brutos no tiene otro fundamento sino el ver que á diversas impresiones del objeto corresponden con diferentes movimientos, v. g., que mostrando la vara al perro huye, mostrándole un pedazo de pan viene á buscarlo. Esto es cierto: no tenemos motivo alguno para decir que sienten, sino lo que vemos; y lo que vemos es que haciéndole diversas impresiones, ó en la vista ó en el tacto, se siguen diversos movimientos esternos: ¿no es así?

SILV. — Así es.

TEOD. — Pues para esto basta el maquinismo, y vos no lo negasteis, ni lo podeis negar. No podeis negar que los objetos hacen su impresion en los sentidos esternos, vista, tacto, etc., ó por lo menos que esto le es posible á Dios.

SILV. — No lo puedo negar.

TEOD. — Tampoco podeis negar que esa impresion hecha en los sentidos esternos se comunica al cerebro, ó por lo menos que si Dios empeñare toda su omnipotencia se pueda comunicar.

SILV. — Eso sí.

TEOD. — Bien; tampoco podeis negar que puesto ese movimiento ó impresion en el cerebro, á lo menos si Dios quisiere echar el resto de su poder, del cerebro se puede comunicar el movimiento á los espíritus que sirven para mover los miembros: ¿negais esto?

SILV. — No.

TEOD. — Luego concedéis todo cuanto yo quiero, porque primeramente concedéis que puede Dios hacer que siendo los brutos meras máquinas, los ob-

jetos hagan impresion en los sentidos esternos de los brutos : concedéis tambien que estas impresiones se pueden comunicar al cerebro ; concedéis que de allá se puede comunicar el movimiento á los espíritus que sirven al movimiento de los miembros. Luego concedéis que á diversas impresiones de los sentidos esternos pueden corresponder diversos movimientos en los brutos, y esto solo con mecanismo ; luego concedéis que con el mecanismo puede suceder todo lo que vemos en los brutos, de donde inferimos que sienten. Además, ya me concedisteis que con el mero mecanismo podian los movimientos de los brutos ser tan arreglados como son ; luego concedéis todo lo que yo queria , y viene á ser que puede absolutamente Dios hacer unas máquinas que hagan los movimientos esternos del mismo modo y sin diferencia alguna de los que vemos en los brutos. Esto, Silvio, convence, ni os estará mal daros por convencido de un discurso tan evidente.

SILV. — No convence, ni convencerá jamas : por un discurso semejante á este os puedo yo probar que puede Dios hacer unas máquinas que en todo hagan lo que hacen los hombres ; y si me concedéis esto, se destruye la certidumbre que filosóficamente tenemos de que hay otros hombres en el mundo como nosotros. Ved en qué precipicios despeña vuestra misma doctrina.

TEOD. — Pregunto : ¿y puede Dios hacer unos animales con alma puramente material que hagan todos los movimientos que hacen los hombres ? Si puede se destruye toda la certeza filosófica que te-

nemos de que hay otros hombres con alma espiritual como nosotros. Meditad la respuesta muy despacio, y lo que respondiereis á mi pregunta respondiendo yo á la vuestra : ya desde ahora firmo en blanco, y estoy por lo que dijereis.

SILV. — Ese argumento confieso que hace mucha fuerza ; pero siempre nosotros estamos de mucho mejor partido ; porque supongamos que ni el alma puramente material, ni la puramente materia. Llegan ó alcanzan á esplicar cabalmente las admirables obras de los brutos ; sin embargo nosotros ponemos una alma distinta de toda materia, sensitiva, cognoscitiva, apetitiva, etc., y vosotros poneis un pedazo de materia inerte. ¿Cual de nosotros se acerca mas á la verdad ?

TEOD. — ¿Dijisteis ? Ahora hablaré yo : vosotros poneis un alma material, que con todos los atributos que le quereis dar no tiene virtud para conocer la conexion y proporcion de los medios con los fines, ni puede hacer que el bruto haga un movimiento por causa de este ó de aquel fin ; y nosotros ponemos un alma en que cabe todo ese buen orden y armonía de movimientos, así como en los relojes ; porque no decimos que nacen de la materia inerte (como decís), sino de la materia ordenada y muy bien dispuesta por Dios para estos mismos fines. Además de eso es un alma capaz de hacer todos esos sentimientos, conocimientos, etc., que experimentamos en los brutos, como largamente os he mostrado. ¿Luego cual de nosotros se acerca mas á la verdad ?

EUG. — ¿Qué decís, Silvio ?

TEOD. — Esperad, pues me acuerdo un ejemplo muy propio. Quiere un hombre por espacio de una semana continua señalar las horas, los minutos primeros y aun los segundos, los días del mes, los lugares de los astros, etc., es preciso hacer esto y con toda exactitud, de suerte que no haya yerro. Este hombre es versado en la astronomía y es buen relojero: tiene un criado rústico sin mas instrucción que la que le dieron sus padres en el campo. Pregunto: ¿de qué modo podrá mas fácilmente este hombre ejecutar lo que quiere hacer, haciendo un reloj que muestre los días del mes, horas, minutos, lugar de los astros, etc., como algunos que hay, ó encargando esto á su criado, de modo que por una semana señale á su tiempo sin falta las horas, minutos, etc.

SILV. — No tiene duda, que mas exactamente se puede ejecutar eso por el reloj que no encargando esa incumbencia al criado, que ni sabe astronomía ni tiene la medida cierta de las horas, etc.

TEOD. — Bien, bien; pero advertid que el tal criado tiene alma distinta de la materia, y el reloj es materia pura.

SILV. — Sí; pero el criado con su alma no conoce muchas cosas, que es preciso que se conozcan para hacer esos movimientos tan arreglados como quereis.

TEOD. — ¿Y la materia que hay en el reloj, por ventura conoce eso que es preciso para los movimientos arreglados?

SILV. — La materia no conoce eso, pero lo cono-

ce el relojero cuando dispone la materia y hace el reloj; y una vez hecho se van siguiendo sin dificultad los movimientos con el mismo orden que intentó el artífice.

TEOD. — Habeis respondido grandemente; ahora voy á concluir. Si el reloj, siendo pura materia, puede ejecutar aquellos movimientos ordenados mas fácilmente que el criado, el cual tiene un alma racional distinta de la materia, tambien los brutos, siendo pura materia, como yo digo, podrán ejecutar los arregladísimos movimientos que en ellos vemos, mas fácilmente que teniendo un alma material distinta de la materia, como vos decís.

SILV. — Está hecho; es ya muy tarde: sea enhorabuena lo que quisiereis, que yo me voy á mi casa; lo que por último digo es que ni vosotros ni los peripatéticos acertamos en este punto.

TEOD. — Entonces perdonadme: trabajasteis toda la tarde en vano. Vuestro intento era mostrar como los modernos necesariamente habian de admitir alguna forma material que no fuese materia. Para esto hablasteis del alma de los brutos: si concedéis que ella no es material y distinta de toda materia, perdisteis todo el trabajo; porque si quisieris que sea espiritual, no concordaré con vos; pero eso no se opone al sistema moderno, así como no se opone admitir forma espiritual en el hombre. Formas distintas de la materia que sean espíritus no tienen oposicion con el sistema moderno, y nosotros ahora no tratábamos de los brutos sino de paso, meramente para ver si por causa de ellos estábamos obligados á dejar el sistema moderno, y

admitir á lo menos una forma material distinta de toda materia.

SILV. — Pues demos esto por acabado.

EUG. — Mas siempre quisiera saber qué concepto formais del modo con que los modernos esplican las operaciones de los brutos con el alma que sea materia.

SILV. — Lo esplican bastanteamente : aquellos re-
lojes, que para todo les sirven, hacen su tal cual argumento; pero tampoco es malo nuestro sistema.

EUG. — Visto eso, sin temeridad puedo ser moderno.

SILV. — Siempre seria mejor que siguieseis las opiniones mas antiguas, pues son mas seguras.

TEOD. — Por despedida dejadme hacer una reflexion. Llegando á cualquier dificultad, si halláremos dos caminos para desatarla, sin que circunstancia alguna nos repruebe alguno de ellos, si por una parte asentaren todos que se puede responder, y por otra unos asentaren que sí, otros que no, ¿ qué camino debe ser preferido?

SILV. — Sin duda aquel por donde concuerdan todos que se puede satisfacer.

TEOD. — ¡Terrible voto contra vos mismo! Pocos minutos ha que confesasteis, bien contra vuestra voluntad, que á la gran dificultad de las obras de los brutos se podia responder, y bien, dando un principio que fuese pura materia dispuesta por Dios como yo decia; y que no habia fundamento alguno para decir que en la realidad no eran las cosas así. Esto que habeis dicho vos mismo lo dijis-

teis obligado de la razon; y por consiguiente lo mismo habian de estar obligados á decir los demas peripatéticos como vos : por lo que mira á los modernos, todos tambien decimos lo mismo; luego en este modo de responder á la dificultad de las obras de los brutos, que señalamos nosotros, todos concuerdan que puede ser. Advertid ahora : en el modo con que los peripatéticos señalan alma distinta de toda materia, nosotros no concordamos, y decimos que no caben en la virtud de un alma material operaciones tan sagaces; luego debe ser preferido nuestro modo de discurrir.

SILV. — Dejadme hacer tambien á mí otra reflexion. En el punto de los accidentes hay dos modos de salvar lo que dicen los concilios : en nuestro sistema todos concuerdan que se salva muy bien esta dificultad, ni los modernos se atreverán á negarlo: en el sistema de los modernos dicen muchos (que somos nosotros) que no se salga bien; luego debe ser preferido el nuestro : paréceme que es el mismo argumento.

TEOD. — Solo le falta una parte esencial, y es probar que no hay razon fuerte que repruebe alguno de los caminos. Silvio, nosotros reprobamos el sistema peripatético en cuanto á los accidentes, no porque en él no se salven los concilios : no, no es por eso, reprobámoslo, porque hay razones fuertísimas que pertenecen á las aulas, que prueban que tales accidentes de la calidad que los suponeis no los hay en cuerpo alguno. Pero vos no teneis razon con que nos impugneis el sistema de los brutos, sino diciendo que no esplicamos bien sus sensacio-

nes y operaciones : en esto se resumen todos los fundamentos hasta los de las aulas. Por tanto, concediendo vos que nosotros esplicamos bien las operaciones de los brutos, no teneis disculpa para no seguirnos ; y concediendo nosotros que concordais en vuestro sistema de los accidentes lo que dicen los concilios, aun quedan en pie todas las razones que nos obligan á no admitir tales accidentes.

SILV. — Sea pues lo que quisierais, que ya tengo la cabeza perturbada de tanta contienda. Doy por acabada la conferencia : Eugenio tiene que ir todavía á Lisboa, y es ya muy tarde.

EUG. — Teneis razon : no puedo menos de quedaros muy obligado por este trabajo que habeis tenido por mi respeto : hoy descansareis. Mañana volveré á presentarme para ir continuando con mi instruccion ; y espero que ambos no dejareis de concurrir por vuestra parte para mi aprovechamiento, como hasta aquí lo hicisteis.

SILV. — Lo que puedo hacer por mi parte es esponder lo que dicen los peripatéticos, y poner las dudas que se me ofrecieren contra lo que dijere Teodosio. Ahora ordenadme lo que fuere de vuestro mayor agrado.

EUG. — Que os vengais conmigo. El coche está puesto, ved si quereis alguna cosa para la corte.

TEOD. — Que os desembaraceis para no faltar mañana. Adios.



TARDE VIGÉSIMASEPTIMA.

DE LOS BRUTOS EN COMUN.

§ I.

Demuéstrase que el alma de los brutos no es espiritual.

TEOD. — Bien descuidado os hallamos ahora, amigo Silvio. ¿Qué haceis á estas horas en el jardín?

SILV. — Andaba paseándome y buscando en el calor del sol remedio contra el frio, que hoy me ha incomodado bastante.

EUG. — Pues aprovechémonos todos de la misma comodidad, y juntamente podremos lograr el gusto de vuestra conversacion.

SILV. — Querreis decir el gusto de la conversacion de Teodosio y de vuestra propia instruccion, en que teneis puesto todo vuestro entretenimiento. Teneis razon, y así no es justo que yo os lo difiera.